

## JESÚS HA TERMINADO DE EMPEZAR...NO DE TRABAJAR



Desde que empecé a vivir la fe, siempre prestaba atención a lo que decían aquellas personas a quienes admiraba y que de algún modo me habían ayudado a perseverar en los inicios de mi caminar. También admiré a otros que no conocía mucho, pero que también prestaba atención, porque sus experiencias me ayudaban a crecer y a la vez me preparaban para la vida.

Algo que notaba en repetidas ocasiones era, que cuando se hablaba de la experiencia de Dios, se hablaba en tiempo pasado y futuro, se mencionaba algo que Dios había hecho en algún momento dado de la historia de esa persona o ambiente, y en futuro, como algo que Dios iba a realizar. Lo que llamaba más mi atención era la ausencia del Dios aquí y ahora, del Dios que está actuando hoy y quiere actuar hoy.

En la relación de intimidad con Dios he descubierto una peculiaridad que me ha servido para ser paciente en mis procesos de conversión personal, esta es la imperfección, el proceso o la construcción continua.

La vida en el Espíritu es la vida de los incompletos e imperfectos que buscan cada día dejarse construir por el Señor y que sus vidas, aunque así no lo quieran, la viven de manera imperfecta. El lugar de nuestras vidas donde Dios trabaja es el que hace evidente los defectos más peligrosos que tenemos. La búsqueda del rostro de Dios, hace que nuestra vida vaya tomando forma. Él es quien inicia en nosotros la obra buena y quien la lleva a la perfección (Fil 1,6). Para que una obra sea perfecta, debe de ser buena y su obra en nosotros será perfecta porque para Él somos buenos.

Jesús no ha terminado de trabajar en nuestra vida, apenas inicia. Cada día Dios construye algo en nosotros y ser conscientes de esto nos da la capacidad para mantener la expectativa de las maravillas de Dios en nuestra cotidianidad. La confianza en Dios en medio de nuestra imperfección es lo que le da sentido a las formas en las nos conectamos con Dios. La eficacia de la relación con Dios se nota en la confianza que tenemos en medio de nuestras imperfecciones, defectos y contradicciones.

Cuando miramos a los discípulos de Jesús, que después de tres años caminando juntos desaparecen la noche de su última cena y viven unas horas de confusión, tristeza, desánimo, dudas y miedos, aprendemos que se parecen a nosotros. La sana relación con Dios nos recuerda constantemente que somos una obra en construcción y progreso y que estar incompletos es el mejor material que necesitamos para que Dios siga trabajando.

Otro aspecto de la vida en el Espíritu que me ha servido para aprender a relacionarme con Dios es el reconocimiento de mi ignorancia e incompetencia. Reconocer ante Él que muchas veces no sé cómo orar, cómo leer la palabra, cómo encontrar sentido en los sacramentos o cómo vivir mi fe de la mejor manera. Sentir torpeza, lentitud y fracaso espiritual me ha llevado a buscar el rostro de Dios constantemente y abrirme a descubrir sus mensajes detrás de donde menos lo imagino.

He conocido muchas personas buenas en mi caminar, que se sienten débiles, inútiles y frágiles porque no pueden ser aquello que quisieran, pero ni san Pablo pudo, él mismo decía que no comprendía su proceder, haciendo el mal que si estaba a su alcance y no el bien que quería alcanzar (Rm 7, 15-20). El miedo a la imperfección paraliza a quienes quieren abrazar una relación de intimidad genuina con Dios.

Jesús no siempre responde al orden que nosotros hemos establecido, por eso en el evangelio nos encontramos con personas que lo interrumpían, le gritaban, lo tocaban, rompían techos para llevarle enfermos, porque para Jesús, las personas no son máquinas, algoritmos o estructuras predecibles, sino seres en construcción que, en su imperfección, buscan llenar sus vacíos, satisfacer sus necesidades y encontrar un sentido para sus vidas. No me imagino a Jesús diciéndole a algún enfermo: *“Espera a que termine de contar esta parábola y luego te atiendo”* o *“La multiplicación de los panes será luego del último tema de la tarde”*.



Se cuenta que cuando San Francisco de Asís estaba en su lecho de muerte uno de sus discípulos le preguntó: *¿Hermano Francisco, y ahora que te vas, que haremos?* y este le respondió: *¡Hermanos! Es hora de comenzar a servir al Señor, porque hasta ahora, poco o nada hemos hecho.* La relación con Dios es ese lugar donde nuestras limitaciones, incompetencias, imperfección son bienvenidos para que el Señor sane, restaure, construya y nos haga conscientes de que aunque hemos avanzado mucho, poco o nada hemos hecho y falta mucho por construir y trabajar en nuestra vida.

Que el Señor Jesús nos conceda la humildad que necesitamos para reconocer que aún hay mucho por trabajar en nuestra vida. Amén.



**“Estoy convencido precisamente de esto: que el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús”**

Fil 1, 6

Si este escrito fue de bendición para ti, compártelo con tus amigos y suscríbete en:

[Suscríbete – Melchor Maldonado](#)